

TIERRA FIRME

TIERRA DEL FUEGO: LA CREACIÓN
DEL FIN DEL MUNDO

GUILLERMO GIUCCI

Tierra del Fuego: la creación del fin del mundo



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición, 2014

Giucci, Guillermo

Tierra del Fuego: la creación del fin del mundo. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura
Económica, 2014.

350 p. ; 21x14 cm. - (Tierra Firme)

ISBN 978-987-719-015-1

1. Historia Argentina. 2. Tierra del Fuego. I. Título

CDD 982.76

Armado de tapa: Juan Balaguer

Imagen de tapa: Theodorus de Bry, descubrimiento
del estrecho de Magallanes, 1594

Foto de solapa: Maria Conceição Monteiro

D.R. © 2014, Fondo de Cultura Económica de Argentina, S.A.

El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Carr. Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-987-719-015-1

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*

Hecho el depósito que marca la ley 11723

Índice

<i>Agradecimientos</i>	9
<i>Prólogo</i>	11
I. <i>Tierra de los Fuegos</i>	23
El estrecho de Magallanes.....	24
Evento-mundo.....	36
Derrotero, derrota, derrotarse.....	43
Chapetones en el sur.....	55
II. <i>Evanescencia de las manchas blancas</i>	83
Los vicios de la civilización.....	83
La vana elocuencia de los filósofos.....	91
Reunión de los fragmentos: el expansionismo como una historia del conocimiento.....	106
La ciencia filantrópica.....	114
III. <i>Civilización, sublimidad, salvajismo: ingleses en la vasta soledad</i>	119
Nombrar, coleccionar, catalogar.....	119
La naturaleza como paisaje sublime.....	135
Comparar: los salvajes abyectos.....	142
Orundellico - Jemmy Button.....	151

IV.	<i>Creecer entre culturas en el último confín</i>	
	<i>de la Tierra</i>	171
	El mediador cultural.....	171
	Memorias de la doble conciencia.....	186
	Otros caminos: Viamonte.....	195
V.	<i>La antropología agónica</i>	211
	Interiorización.....	211
	Periodismo.....	220
	Antropología.....	227
VI.	<i>Tecnologías del transporte</i>	255
	Navegación	255
	Aviación.....	261
	Activo confín	279
VII.	<i>Comunicación y transmisión</i>	291
	Literatura.....	292
	Museos.....	302
	El fin del mundo en Internet.....	309
	<i>Epílogo</i>	319
	<i>Bibliografía</i>	327
	<i>Índice de nombres</i>	343

Agradecimientos

Maria Conceição Monteiro, Adrián Gorelik, Adriana Machón, Alejandra Mailhe, Alejandro Manara, Alejandro Winograd, Alicia Lazzaroni, Ana Cecilia Olmos, Ariel Collazo, Carol Arcos, Efraín Kristal, Enrique Rodríguez Larreta, Ernesto Luis Piana, Eugenio Garcés Feliú, Felipe Arocena, Fernando Pérez, Francisco Bustamante, Gabriel Flores, Gabriel Galli, Gonzalo Aguilar, Graciela Silvestri, Guido Abas Cal, Jorge Barreiro, Karl Erik Schollhammer, Marcelo Rossal, María Teresa Luiz, Mauricio Tenorio-Trillo, Pablo Rocca, Renata Feital, Ricardo Fraiman, Tomás Errázuriz, mis alumnos en Río de Janeiro, Montevideo y Los Ángeles.

Prólogo

fin. (Del lat. *finis*.) amb. Término, remate o consumación de algo. 2. m. Límite, confín. 3. Objeto o motivo con que se ejecuta algo. 4. Al fin del mundo. loc. adv. En sitio muy apartado.

finibusterre. (Del lat. *finibus terrae*; literalmente “en los fines de la tierra”.) m. coloq. Último extremo. 2. germ. Término o fin. 3. germ. Horca de los condenados a esta pena.

Diccionario de la Real Academia Española, 2001

ESTE ENSAYO historia el proceso de exposición gradual de una región hoy conocida como el “fin del mundo”: Tierra del Fuego. Cuando en 1520, durante el transcurso de la expedición de Fernando de Magallanes a las islas Molucas, se nombró a Tierra del Fuego, la designación no correspondía a ningún territorio delimitado. El bautismo funciona como una apropiación a la distancia, como la toma de posesión simbólica de un espacio inexplorado. Los expedicionarios ni siquiera lograron determinar si se trataba de una isla o de tierra firme, aunque dedujeron su carácter insular, pues algunas veces oyeron ruidos de mar que parecían venir de otra costa.

Tal incertidumbre sobre la conformación territorial indica los límites del conocimiento geográfico de la época. Tierra del Fuego denomina a un territorio imaginado. Pero nombrar es crear una identidad e instituir una genealogía. Si bien representa el inicio de una larga marcha que solo será inteligible varios siglos más tarde, en la nominación del nuevo territorio se puede ubicar la gestación del fin del mundo. Este aún no puede ser asociado con la Tierra del Fuego a causa de la confusión reinante sobre la apariencia del orbe. Era entonces muy reciente el giro marítimo ibérico hacia el oeste, que implicaría una profunda revisión del saber geográfico. Pese a la persistencia de las manchas blancas en los mapas, la apertura que resulta de la tendencia atlántica autoriza la denominación de nuevos subconjuntos de territorios e identidades. Así aparece en 1507, pocos años antes del nombramiento de Tierra del Fuego, el cuarto continente América nominado e inscripto por primera vez en un mapa por Martin Waldseemüller, que superaba la tradicional división tripartita cristiana del mundo en Europa, Asia y África.¹

Por encima del conocimiento local, elaborado en los territorios habitados y explorados por los aborígenes de las diferentes

¹ Martin Waldseemüller, *The Cosmographiae Introductio*, Nueva York, Books for Libraries Press, 1969 [trad. esp.: *Introducción a la cosmografía y las cuatro navegaciones de Américo Vespucio*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007]. En contraste con la idea de descubrimiento, Edmundo O'Gorman llamó con acierto al advenimiento del continente americano "la invención de América". Véase Edmundo O'Gorman, *La invención de América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984. Una de las premisas de los estudios subalternos es que las naciones son objetos de invención, no de descubrimiento. Véase Priyamvada Gopal, "Reading Subaltern History", en Neil Lazarus (ed.), *The Cambridge Companion to Post-colonial Literary Studies*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, pp. 139-161. Para la división tripartita cristiana del mundo, véase San Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, 2 vols., vol. II, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1982, p. 167.



FIGURA 1. Martin Waldseemüller, *Universalis Cosmographia*, 1507.

regiones, se impone una autoridad cartográfica externa y unificadora. Lo existente es transmutado en lo patente, a través de la adquisición de nombre y de imagen, transformación que de un modo progresivo torna al globo terráqueo explícito como conjunto. Únicamente con la aprehensión integral de la imagen del planeta Tierra se podrá situar el hodierno fin del mundo en el extremo sur del continente americano. Se propone aquí que solo una vez revelado el mundo como totalidad, la identificación del fin del mundo con Tierra del Fuego cobra su sentido preciso. La creación del fin del mundo fueguino es un capítulo singular y tardío de la más amplia revelación del planeta.

Al desplegarse el mundo en su conjunto, se lo observa de otro modo, desde otro ángulo, con otro interés, con ojos de sorpresa. Es como un pergamino que se desenrolla, un abanico que se estira, un paraguas que se abre. ¡Ah, qué grande es el orbe! Fenómeno de irradiación y de unificación, más extenso que intenso, más adelantador que adherente, las navegaciones oceánicas propagan la Buena Nueva del mundo abierto. Anonimato

y mostración entran en conflicto. El acontecimiento magnífico del siglo XVI fue en ese sentido la primera circunnavegación del planeta (1519-1522), que diversos cronistas definieron como un aporte sin precedentes a la verdad y al conocimiento. Con ese evento-mundo emerge una orgullosa conciencia de la ruptura histórica que anticipa la eliminación de lo oculto.

Coincidiendo con el expansionismo ibérico en las postrimerías del siglo XV, comienza una inédita toma de posesión de la tierra, con su correspondiente validación documental y el despliegue de cartas, relaciones y crónicas. Irrumpe un mecanismo imparable de registro e inscripción, de mapeo, de atestiguación, de actualización constante del conocimiento mediante dispositivos de verificación y enmienda. Tal afán de dominación se amplía de modo paulatino al estudio de las costumbres de pueblos considerados distantes, al examen detallado de la flora y la fauna y a la sinopsis de las visiones aéreas, llevadas a su máxima expresión con las fotografías por satélite.

Con frecuencia la información científica sobre el espacio conlleva como reverso encuentros culturales violentos. Hay un avance imperial y nacional plagado de luchas y muertes, que a su paso liquida las resistencias y extermina los estilos regionales de vida. La mera inscripción quinientista del calificativo Tierra del Fuego en diarios, cartas y mapas anticipa el choque de culturas distintas en su estructura social, económica y religiosa, que hasta entonces habían permanecido separadas como unidades diferenciadas. Desde la toma de posesión simbólica, se puede augurar que en el futuro habrá que exhumar cadáveres.

Acompañando como una sombra al progreso, se desarrolla un "fin de mundo" paralelo, con seres humanos como protagonistas y víctimas. Primero de modo lento, que se acelera a fines del siglo XIX y en pocas décadas conduce a la extinción de los aborígenes fueguinos. En esta trayectoria intervienen factores tan diversos como los conflictos entre las naciones europeas por

el aprovechamiento de la región para sus intereses comerciales y militares, la fundación de bases misionales, las disputas territoriales entre Chile y Argentina, la política colonizadora de tierras, el desarrollo de la ganadería lanar, el descubrimiento de oro.² Una historia de los desplazamientos y de la ocupación del espacio captaría con relativa facilidad el despliegue sucesivo de figuras: aborígenes, expedicionarios, naturalistas, misioneros, colonizadores, ganaderos, gobernadores, presidiarios, periodistas, antropólogos, comerciantes, turistas; así como sus correspondientes ideologías y materialidades.

La tarea del expansionismo fue poner el mundo a-la-mano y disponible para sus intereses. Como resultado de esa movilidad que se apodera simultáneamente de aquello que nombra y domestica, el planeta se tornó accesible a una mayor cantidad de personas, en un triple sentido: como información científica, como intercambio mercantil y como experiencia de lugares. Paul Valéry resumió de modo notable, en su libro *Miradas al mundo actual*, de 1931, este pasaje desde el mundo acotado al amplio pero finito, refiriéndose al fin de la era de los terrenos baldíos, de los territorios libres, los lugares que no pertenecían a nadie. De acuerdo con Valéry, toda la tierra habitable había sido reconocida, inventariada y repartida entre las naciones. El tiempo del mundo finito había comenzado: no quedaba peñasco que no ostentase una bandera, ni había vacíos en los mapas.³ Una vez que finalizó la globalización terrestre, sostiene el filósofo alemán Peter Sloterdijk, “se sabe ahora, de una vez por todas, que nadie entra ya en ningún lugar del mundo como el

² María Teresa Luiz y Monika Schillat, *La frontera austral. Tierra del Fuego, 1520-1920*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1997.

³ Paul Valéry, *Regards sur le monde actuel*, París, Librairie Stock, Delamain et Boutelleau, 1931, p. 11 [trad. esp.: *Miradas al mundo actual*, Buenos Aires, Losada, 1954].

primero".⁴ Habitamos un planeta atravesado y consabido, donde se consumó exitosamente la imagen del globo terráqueo y donde son superfluos los viajes de descubrimiento. En otras palabras, se disipó el "más allá".

Los finibusterres, que de acuerdo con la definición del diccionario significa "en los fines de la tierra o del mundo", proliferaron por mucho tiempo en estrecha vinculación con el localismo de las culturas y el saber fragmentado. "Finibusterre" se refiere al final de la tierra conocida, y generalmente apunta a una relación conflictiva entre la tierra y el mar. Este intimida y funciona como una barrera, al punto que se desconoce lo que excede a la visión. Por otra parte, quien fue educado en la representación moderna del globo traduce en la *Odisea* de Homero la referencia al "fin del mundo" (de los lejanos etíopes) como finibusterre. Lo mismo sucede con otros términos de la tierra: el cabo Finisterre en Galicia, España; Land's End en West Cornwall, Inglaterra. Emblemática al respecto es la frase de Shakespeare en *Hamlet*: "¡Dios mío! Podría estar yo encerrado en una cáscara de nuez, y me tendría por rey del espacio infinito".⁵ Los finibusterres son regionales; el fin de mundo es global.

Tampoco debemos confundir el fin del mundo con la recurrente asociación con un lugar remoto y de difícil acceso, como sucede con las "Tierras del fin del mundo" en la provincia de Kando Kubango, en Angola, África, a una altitud de 1.300 metros. En esta difundida acepción habría muchos fines de mundo, simbolizando lejanía, dificultad y desconocimiento. Vale la pena recordar que la idea de lejanía implica una centralidad del observador, que se posiciona como punto de referencia.

⁴ Peter Sloterdijk, *En el mundo interior del capital. Para una teoría filosófica de la globalización*, trad. de Isidoro Reguera, Madrid, Siruela, 2007, p. 188.

⁵ William Shakespeare, *Hamlet*, en *Obras completas*, trad. de Luis Astrana Marín, 2 vols., Madrid, Aguilar, 1974, p. 241.

¿Desde qué lugar hablamos del fin del mundo? ¿Podemos imaginarlo como un lugar central? ¿No corresponde lógicamente ubicarlo en una zona periférica? A ese fin del mundo nunca regresan los guerreros cargados de tesoros, allí los héroes no semejan a dioses, ni tampoco es el lugar al que cantan los poetas, recuerdo mítico de la tierra madre. Alejado de la Grecia solar y del acontecimiento poético, antípoda de *El Archipiélago* de Hölderlin, el archipiélago fueguino permanece relegado en las genealogías prestigiosas y en los sistemas de clasificación a una posición sombría. Su máxima virtud consiste en haber alcanzado la fama negativa por medio de algunas voces célebres, resonando como un eco y una maldición.

Enumero a continuación una serie de rasgos asociados habitualmente con el “fin del mundo”. Dado que los aborígenes fueguinos seguramente no se consideraban a sí mismos como habitantes de ese extraño lugar ni lo designaban con tal calificativo, enfatizo que se trata de características atribuidas por una perspectiva foránea:

- Emplazamiento en el “fondo”, en el “extremo”, en la “punta”, en el “pie”.
- Escasa presencia humana.
- Lejanía en relación con los centros civilizados y sus servicios.
- Carencia de las tecnologías occidentales de transporte y de comunicación.
- Remarcable especificidad de la vida local y regional.
- Inhospitario como hábitat (prevalencia de una naturaleza inclemente).
- Vacío.
- Soledad.

Ya se puede sustentar que la asignación de tales rasgos constituye una ficción poderosa, una manifestación de la voluntad de

poder de la topografía. El fin del mundo no es el resultado del pasaje necesario de la potencia al acto. Su verdad no reside en el objeto, ni siquiera en la correspondencia con la naturaleza del objeto, sino en la fuerza cautivadora del rótulo. La vinculación de Tierra del Fuego con el fin del mundo es moderna y se consolida a inicios del siglo xx. Desde Europa se instaura una conformación geopolítica del espacio donde el extremo austral del continente americano surge, en contraposición con el norte europeo, como un lugar-límite, región del primitivismo y de la incomunicación.

Tal representación del fin del mundo como un fragmento superviviente de la Edad de Piedra es palmaria en el artículo periodístico publicado en el suplemento del *Illustrated London News* el 30 de enero de 1904 por el viajero inglés William Singer Barclay, "At the World's End, Being an Account of the now almost Extinct Canoe-Dwellers and other Tribes of Tierra del Fuego [En el fin del mundo, un reporte de los ya casi extintos habitantes canoeros y otras tribus de Tierra del Fuego]". Constituye el primer desarrollo explícito del nexo entre Tierra del Fuego y el fin del mundo, que se venía gestando de modo intermitente en el siglo xix en particular entre los expedicionarios y misioneros ingleses. Barclay reconoce que, en términos estrictos, América del Sur no acaba en el cabo de Hornos, pero señala que este actúa como una frontera infranqueable para las sociedades primitivas.

En 1905 se imprime póstumamente la novela de aventuras de Julio Verne *El faro del fin del mundo*. Verne habría escrito la primera versión en 1901, situando el faro del fin del mundo en la isla de los Estados. Reaparece el maridaje entre el extremo sur del continente americano y el fondo del globo. La cartografía le confiere una vasta legitimidad a la noción literaria del fin del mundo en la zona sureña: allá abajo, en la borrascosa extremidad austral americana.



FIGURA 2. William Barclay, "At the World's End", 1904.

Tanto Julio Verne como William Barclay estaban muy interesados en los descubrimientos geográficos y la cartografía. A Verne le fascinaban la geografía, los viajes, los grandes exploradores y los mapas. Leia de punta a punta quince periódicos diariamente y anotaba con cuidado sobre todos los temas. El escritor

Supplement to The Illustrated London News, Nov. 20, 1904.

AT THE WORLD'S END.

BEING AN ACCOUNT OF THE NOW ALMOST EXTINCT CANOEWELLERS AND OTHER TRIBES OF TIERRA DEL FUEGO.
BY W. S. BARCLAY.

THIS South American Continent they met, properly speaking, and in Cape Horn, for a narrow passage some two hundred and fifty miles long runs north or somewhat further north. A forty-foot tide race takes a day into the Atlantic entrance of this passage, covering and uncovering dangerous shoals at a wild level twice its gain. On these shoals many a good ship's luck has broken. As we advance to the west, the ordinary strait between two ranges of opposite hills, covered to the low sea-level by a clinging forest of Antarctic birch, its marian green mould at short intervals by blue-white glaciers which rush their frozen hurrahs to the water's verge, or discharge a cascade from cliffs so high that only an icy spray, smothered with rime, falls about the steamer's deck. Throughout all the year the melting and refreezing process is going on in its train—now for some short, desiccating gales—showers of rain and sleet and a clank of melting mist. Such are the famous Straits of Magellan, which guard the yet more lonely channels and islands terminating in Cape Horn—the border of the wild antarctica, in that wild land, mark man's furthest limit to the South.

Since Darwin published his famous "Voyage of the *Naturalist*," made in H.M.S. *Beagle*, his wife, Fuegians have been generally classed as one tribe—the lowest step in the human ladder—which regulate civilly, based on the basis of abstinence, bearing a partial passage, less, chiefly consumed by their own members and cannibals as well. Only of late has the mind of half-truth filled, so that we may label them fairly, and the work need to undertaken possibly if at all. During recent years of contact with whites, the members of the Yaghan tribe, or canoe-wellers, have sunk from 2,000 to 200; and that of the Onas from 200 to 20, even man, woman, and child. Should this rate of decrease continue, few, if any, members of either tribe will survive the next decade, and a fragment of the Stone Age of frozen human intellect will disappear altogether from our ken.

The Yaghens frequent chiefly the shores of the Beagle Channel, a sheltered passage of great beauty but little practical use, lying on a deep, hillside between the Magellan Straits and the Horn, its entrance flanked at either end by dangerous reefs and rising hillsides. These tribesmen are true canoe-people, since they must watch for ever the chance of adverse heavy winds for food, in the shape of mammals, fish, sea-bird, or perhaps, by great good chance, a stranded seal or whale. Till the British American Mission established itself among them, they learned the rigours of the climate naked, save for a wolf, fat outer-awl, slung from the neck to the side when the wind happened in blast. The women, usually two, pulled the canoe from the stern. The men, crowded in the bows, bent, harpoon in hand. In the centre of the canoe were piled other simple hunting gear, knives, and a tub of stunged net, on which swarmed the fish caught in each fresh halibut piece.

For in the Land of the Horn, too, is a first necessity of human life; and from hundreds of tiny work-boats, which find the channels in the dark when first Magellan and Drake passed on their way round the world, came the name "Three Mill People," or Land of Fire.

In their unceasing struggle with the elements for a bare existence, the Yaghens have been forced to abandon all but the slightest mental equipment. They have evolved no faith, no god; they have no reason to bind them into one tribe, no business to organize them in common defence or attack. They are still solitary in their notions of great matters—the family. They are a shatter-brook tribe, and their language is a very complex one, with a right grammar and scraps of prose without words. To each day, they, each, somewhat hoarse, they give a full descriptive name, which are the synonyms of persons born in such spots. Shortly after birth the child is dipped in the icy sea, to smother it more fully. Their dead are buried without ceremony under rocks or in great middens—hoops of mammal-bone which accumulate by an unobscured camp. Their name for death signifies simply "gone away," yet they have the instinctive dread of the wild around for all dead things, and when one member of a family dies, all those who, having been born in the same spot, bear the same name, change it for some other. The departed are themselves never mentioned, save in some melancholy fashion, for the Yaghens are apt at misnomers. The title has been designated by white men's names, which are favored by their passion for liquor—a weakness taken full advantage of by unscrupulous traders. Of the quality of drink supplied, it is sufficient to see that it can be bought for about sixpence per quart bottle at Ushuaia, the present seat of Argentine-Government in the Beagle Channel.

Our second tribe, the Onas, are Sea-birds, living in the mountainous interior of the great island of which the Beagle Channel marks the western boundary. Although they are few in number, and cannot even swim, being dependent on the glaciers, which impure the upper portions, for food and general equipment, from their cave-like water-holes to the strong shores of their boats. An all-enveloping fog hides in their only covering, and this, when there is need for foot movement, the boats are most efficient, mottled patches. The onus are ancient, in the present simplicity of bow and arrow and point. They are such hunters to and their staking, a science in which they are past masters. To hunt the game they first catch themselves according to the ground cover which they must traverse, while when on snowfields, yellow among by young grass, discolouring with and spots when on ice-covered rocks. Their amusement consists in wrestling and in long races, perhaps to a hill-top or into distant. This last is a seven mile endurance, for in the valleys the Fuegian forest is opposed with rotten tree-trunks and

THE YAGHENS' ART AMONG THE YAGHENS; PREPARING A RE-ENTRANCE TO THE STRAIT. The Yaghens secure and the women's fat by catching at each preservation in several small boats.



FIGURA 3. Tapa del libro de Julio Verne, *Le Phare du bout du monde*, 1905.

italiano Edmundo de Amicis lo entrevistó en 1896 y comenta que Verne primero investigaba la historia y la geografía de los países; después venían los personajes y los hechos principales de las novelas. Su objetivo era describir la totalidad de la Tierra, cubriendo sus diversas regiones.⁶ Por su parte, el explora-

⁶ Véase Carlos Valle, en Julio Verne, *El faro del fin del mundo*, comentarios de Carlos Valle, trad. de Julio Prado, Buenos Aires, Biblos, 2005, p. 12.

dor William Barclay estaba directamente involucrado, pues era miembro de la Real Sociedad Geográfica de Londres y durante veinte años recorrió América del Sur y América Central. Fue nombrado editor de un gigantesco mapa de América del Sur, impreso por George Philip en 1922, y se convirtió en una autoridad sobre la región durante su gestión como secretario comercial para la misión británica.

Originalmente, la identificación de Tierra del Fuego con el fin del mundo es de autoría europea. El explorador, escritor y fotógrafo estadounidense Charles Furlong recorrió Tierra del Fuego en la primera década del siglo xx y notó que los yámanas, que vivían en soledad, separados de otras etnias por las barreras naturales, pensaban que antes de la llegada del hombre blanco ellos eran los únicos seres humanos.⁷ Pero en ninguno de los varios artículos del explorador estadounidense sobre Tierra del Fuego publicados en *Harper's Monthly Magazine* en 1909 y 1910 hay referencias al "fin del mundo", sino a aborígenes disociados del mundo y condenados a la extinción: los habitantes más sureños del planeta (los yámanas) y los casi desconocidos onas del interior de la Isla Grande.

El fin del mundo carece de existencia propia: es una metáfora que expresa la naturaleza relacional de la conciencia. Pero la denuncia de la contingencia de las categorías geopolíticas parece ser insuficiente para provocar un desencanto, para cesar el influjo de tan tenaz idea. Persiste un suplemento misterioso, una connotación que sobrevive a la desmitificación. La paradoja consiste en que mientras los finibusterres responden a una realidad geográfica anticuada o poética, el fin del mundo plasma una invención de la imaginación que se hace cada vez más real. Aunque la forma esférica impugna la búsqueda del comienzo

⁷ Charles W. Furlong, "The Southernmost People of the World", en *Harper's Monthly Magazine*, vol. 119, núm. 709, 1909, p. 126.

y del término, en la época del globo enteramente desvelado el deseo del “lugar-otro” activa la expectativa de la heterotopía. Situado entre el lugar histórico y el no-lugar,⁸ el fin del mundo fueguino proyecta la querencia de la alteridad, no por imaginada menos seductora.

El fin del mundo localizado en el área de Tierra del Fuego, esa estigmatizadora invención europea que indicaba lo opuesto de la civilización –un paraje salvaje, hostil e incomunicado en el fondo del planeta–, será posteriormente identificado, en el contexto de la hipertrofia de imágenes, de la comunicación mundial y de la conciencia ecológica, con las ventajas del turismo, y apreciado como un diferencial positivo; una distinción que funciona como la mercancía de un lugar excepcional. Expresión de ese giro valorativo será la red denominación del Museo Territorial de Ushuaia en Museo del Fin del Mundo.

Uno de los desafíos de este libro fue mantener, aunque fuera a grandes rasgos, la mirada estrábica, la imbricación de líneas de fuerza regional, imperial, nacional. Los siete capítulos que lo componen tienen como referencia central el archipiélago de Tierra del Fuego y narran el proceso de la creación del fin del mundo. Cada capítulo expone de modo cronológico los momentos particulares en la ya extensa historia escrita de Tierra del Fuego (los últimos cinco siglos), pero también en la más breve (poco más de una centuria) del fin del mundo.

⁸ Utilizo la expresión como una modalidad utópica, distinta del sentido de los “no-lugares” de Marc Augé.